

aniquilado una fuerza naval, que algún día habría podido intervenir en el Mediterráneo y contrarrestar su política; pero esto no era todo lo que ella esperaba, y guardaba rencor á Francia, por no haber accedido á seguirla hasta el fin, y más todavía á Austria, por no haberse decidido nunca á seguirla. Francia, además de su prestigio en Europa y su preponderancia en Oriente, consiguió el inesperado resultado de romper la coalición de los Estados absolutistas Rusia, Prusia y Austria, lo que le facilitaba la realización de su idea favorita, la emancipación de Italia. El Piamonte alcanzó todo lo que se proponía, como se vió claramente cuando, al final del congreso, el conde Walewski, con motivo de la ocupación del Pireo por las tropas francesas, pasó á hablar de los Estados italianos ocupados por tropas extranjeras; señaló la irregularidad y los peligros de la situación en los dominios de la Iglesia y en el reino de las dos Sicilias, y reconoció la necesidad de llamar acerca del particular la atención de los soberanos: fuera de los plenipotenciarios austriacos, nadie protestó de estas palabras. No se tomó ninguna resolución, pero no puede negarse, como dijo más tarde Cavour, que «la cuestión italiana entró desde este instante en el orden de las cuestiones europeas». Austria, habiendo ofendido á Rusia con su ingratitude y á los aliados con su hipócrita política, era odiada por todos. Prusia, en cambio, había sabido captarse la gratitud de Rusia, sin llegar á indisponerse con las potencias occidentales. Rusia, vencida al parecer, pero no humillada, había resistido gloriosamente á sus enemigos y conservaba casi intactas sus fronteras. Un corto período de recogimiento y de reformas interiores le permitiría, en breve, proseguir su marcha adelante. Ciertamente quedaba excluida del mar Negro; pero, contando con la amistad de Prusia, no tardaría en presentársele ocasión de desquitarse de esta pérdida. En suma, «los verdaderos vencedores en la guerra de Crimea fueron, como dice Debidour, Piamonte y Prusia, que iban uno y otro á edificar su fortuna á expensas de Austria, menospreciada, ya que no odiada por todos; el verdadero vencido era, no el gabinete de San Petersburgo, que salía de la lucha con aliados nuevos, sino el de Viena, que, por haber querido jugar con todo el mundo, se había enagenado la voluntad de Europa».



CAPÍTULO SÉPTIMO

Cavour y la unidad italiana

OR no haber marchado unida á la conquista de la independencia nacional y de la libertad política, Italia volvió á ser, después de la reacción de mil ochocientos cuarenta y nueve, lo que el Congreso de Viena había querido que fuese: mera expresión geográfica. Fraccionada y encadenada como en tiempo de Metternich, de nuevo obedeció, casi toda ella, al extranjero. Dueña del reino Lombardo-veneto, en posesión, por los tratados de mil ochocientos cuarenta y siete, de los ducados de Módena y Parma y con guarniciones en la mitad oriental de los dominios romanos, Austria imperaba otra vez en la desgraciada Península, cuyos soberanos eran esclavos suyos al tiempo que tiranos de sus súbditos. En las provincias lombardas y venecianas, los generales de Francisco José se conducían como en país conquistado, sin perdonar los bienes más que á las personas. Especie de podestás, tan duros para sus pueblos como serviles con la corte de Viena, eran el duque de Parma, Carlos III, y el duque de Módena, Francisco V. En Toscana, Leopoldo II, con ser menos vengativo, había puesto á la orden del día las persecuciones religiosas y se hacía guardar por doce mil soldados austriacos. En las Dos Sicilias, Fernando II, el rey Bomba, como le llamaban sus súbditos, gobernaba por medio de la policía, no escatimaba las ejecuciones políticas, tenía las galeras y las cárceles atestadas de ciudadanos honrados y dejaba al pueblo en la ignorancia y la miseria. En Roma, Pio IX habíase arrepentido para siempre de las veleidades liberales que manifestara al principio de su reinado. La influencia reacciona-

ria del cardenal Antonelli, secretario de Estado, habiale trocado en adversario ciego é irreconciliable del espíritu moderno, dispuesto siempre á usar de las armas canónicas en defensa de las causas meramente políticas, ó reclamar en nombre de la fe el concurso del brazo secular. En vano el Emperador de los franceses, avergonzado de parecer cómplice de semejante reacción, suplicaba ó intimaba al Santo Padre conducirse con clemencia, secularizar la administración, humanizar las leyes y ser un poco tolerante con la libertad. Pío IX se negaba á todo género de reformas ó las hacía meramente nominales; se reservaba el derecho de nombrar para todos los empleos y resolver en todos los asuntos; mantenía con las jurisdicciones eclesiásticas una legislación odiosa y anticuada, y sentía invencible aversión á las ideas de progreso y á todo lo que oliese á innovación. De esta suerte, tornóse antipático á todo el mundo el Pontífice que, en mil ochocientos cuarenta seis, Italia saludara con delirantes aclamaciones creyéndole patriota y liberal.

Un solo Estado se resistía á la influencia austriaca y mantenía abiertas sus puertas á la libertad: el Piamonte, cuyo rey, Victor Manuel, desde que ciñera la corona en el mismo campo de Novara, tomó, frente al extranjero, una actitud digna, leal y firme. Sin ser un gran talento, poseía, bajo la rudeza militar de sus maneras y de su lenguaje, gran dosis de buen sentido y de sagacidad. Comprendía que, erigiéndose en paladín del nuevo régimen, el Piamonte sería foco de atracción para todos los patriotas italianos y que, con el apoyo de Francia, que no podría faltarle, llegaría un día en que pudiese redimir á Italia de la dominación extranjera. Al jurar el treinta de Marzo de mil ochocientos cuarenta y nueve el Estatuto fundamental, dijo al pueblo: «La consolidación de nuestras instituciones constitucionales, la salvación y el honor de la patria común serán el fin constante de mis pensamientos, que espero alcanzar con la ayuda de la Providencia y vuestro concurso»; y en vez de restaurar la bandera particular del reino de Cerdeña, conservó valerosamente la bandera italiana de tres colores, símbolo de emancipación. Con esta actitud y el concurso de su inteligente ministro d' Azeglio, Victor Manuel hizo del Piamonte el refugio de los proscriptos de todos los puntos de la Península, la pequeña patria italiana, que un día llevaría su bandera hasta el Adriático y Sicilia realizando el ideal de la unidad italiana. Este ideal encarnó en un gran político: el conde Cavour.

Nacido en mil ochocientos diez, de vieja familia piamontesa, Camilo Benso de Cavour renunció el puesto de oficial de ingenieros, por no agradarle el estado militar; pasó varios años en viajar para instruirse, en practicar la agricultura ó estudiar Economía política, y en mil ochocientos cincuenta y siete fundó, con Balbo, el periódico *El Risorgimento*. Elegido diputado en mil ochocientos cuarenta y nueve, entró al año siguiente en el gabinete de ministro de Agricultura y de Comercio, y como tal, negoció tratados muy convenientes á su país. Él fué el que dotó al parlamento sardo de fuerte disciplina; obra suya fué el *connubio* del centro derecho, del que era el alma, con el centro izquierdo, que dirigía

Rattazzi; á él se debió la formación de una mayoría capaz de trabajar con abnegación por el porvenir y de imponer al país todos los sacrificios que su política de grandes vuelos requería. Excluido del ministerio Rattazzi, en la crisis de diez y seis de Mayo de mil ochocientos cincuenta y dos, no tardó en volver al poder como presidente del Consejo, y desde este instante fué encarnación del ideal de la independencia italiana.

Bondadoso, jovial y sencillo, cualidades que le hacían grato á todo el mundo, Cavour era un diplomático sin segundo, que sabía lo mismo violentar los sucesos que esperarlos ó prepararlos. Jamás le faltó la presencia de ánimo. Nadie ha sabido sacar partido con más prontitud de los hechos adversos, volviéndolos en ventaja de su política. No menos audaz que flexible y astuto, desembarazado de escrúpulos, entregado en cuerpo y alma al partido de la unidad, no reparaba gran cosa en la elección de medios, aunque jamás empleó, justo es decirlo, otros que los honrosos y legítimos. Hacer del Piamonte, no ya un Estado bien gobernado, sino un Estado rico y fuerte, capaz de inspirar confianza á sus protectores, fué en sus comienzos el objetivo principal de su política. Imprimió vigoroso impulso á la agricultura, á la industria y al comercio; no reparó en gastos para proveer á su país de una red de vías-férreas, que en pocos años había de doblar sus ingresos, y atendió al mismo tiempo á la defensa de las plazas fuertes, abastecimiento de los arsenales y aumento del ejército que, bajo La Marmora, fué en breve uno de los más sólidos de Europa. No menos amante de la libertad que de la autoridad, reivindicó con más firmeza aún que d' Azeglio los derechos de la sociedad civil contra la Iglesia, al punto de no temer chocar de frente con la corte de Roma suprimiendo las órdenes mendicantes. Actitud tan enérgica con la Santa Sede impresionó tanto más á los italianos cuanto que, por el mismo tiempo, el gobierno austriaco se preparaba á concluir el Concordato de mil ochocientos cincuenta y cinco, que implicaba la abdicación de la autoridad laica en manos de la autoridad religiosa. De otro lado, se abstenía Cavour, con discreción suma, de alentar al partido revolucionario, el cual, hostigado por los refugiados de Londres, había recurrido de nuevo á la insurrección ó al asesinato: se proponía convencer á los jefes de los grandes Estados europeos, y muy especialmente al Emperador de los franceses, de que su política tendía, no á conmovir sus tronos, sino á consolidarlos, conteniendo y dirigiendo la revolución.

Ya hemos visto en el capítulo anterior que, con el objeto de proporcionarse auxiliares para su ideal de unificar á Italia, indujo á Victor Manuel á aliarse con Francia é Inglaterra el veintiséis de Enero de mil ochocientos cincuenta y seis, y cómo en el congreso de París supo captarse las simpatías de todos los Estados, excepto Austria. El diez y seis de Abril, momentos antes de cerrarse el Congreso, Cavour dirigió al gabinete de París nota muy expresiva, planteando con precisión la cuestión italiana y demostrando que Europa no podía, sin comprometer su reposo, desatenderla por más tiempo. La situación

de la Península era, decía, más grave que nunca, por la reacción política y la ocupación extranjera. El principal causante del mal era Austria, que había destruido en Italia el equilibrio creado por los tratados de mil ochocientos quince, amenazaba al Piamonte, obligándole á emprender armamentos ruinosos, y podía, de un instante á otro, ponerle en el caso de adoptar medidas extremas. Si este Estado, único que había sabido contener la revolución y mantenerse al par independiente, llegaba á sucumbir, nada se opondría en la Península á la omnipotencia de Austria. Concluía invitando á las potencias occidentales, tan interesadas en prevenir esta eventualidad, á pensar en ello, y Cavour sabía bien que su aviso no caía en saco roto. Al dar cuenta al parlamento de Turín, el seis de Mayo de mil ochocientos cincuenta y seis, del desempeño de su cometido, afirmó que si Víctor Manuel no había, por de pronto, sacado de su participación en la guerra ninguna ventaja palpable, el Piamonte no había vertido en vano ni su oro ni su sangre. Tenía razón: se había ganado la consideración de Europa y el decidido apoyo del Emperador de los franceses.

Desde mil ochocientos cincuenta y seis, el deseo de hacer triunfar el principio de las nacionalidades era en Napoleón III una verdadera monomanía. Como en otro tiempo el czar Alejandro I se empeñara en fundar el equilibrio político de Europa en la unión fraternal de los reyes, Napoleón soñaba ahora en basarlo en el concierto y agrupación de las razas, cada una de las cuales formaría un Estado independiente, sin pararse á meditar en qué consistían las nacionalidades, hasta donde llegaban sus derechos y sus ambiciones, en qué medida era posible la realización de sus votos. Su primer aspiración fué levantar á Francia de su abatimiento, devolviéndole las *fronteras naturales* del Rhin y de los Alpes: obra política excelente, pero que no estaba muy en armonía con su principio favorito. Sobre todo, lo que en su nebuloso programa le parecía más urgente era constituir en cuerpo de nación á Italia. Era natural. A Italia le llevaba el origen de su familia; en Italia había pasado buena parte de su juventud; en Italia había conspirado por la libertad, y aún conservaba, en el fondo de su alma, los sentimientos de los viejos carbonarios de mil ochocientos treinta y uno. Sus parientes, casi todos italianos, los Canino, los Peppi, los Cipriani y otros, le solicitaban á porfía en favor de su desdichada patria. Influencias domésticas, á las que Napoleón III era muy sensible, obraban en el mismo sentido. Su primo, el príncipe Napoleón, le empujaba, por ambición personal y por instinto revolucionario, á devolver la libertad á Italia. Por su parte, sentía él que, allende los Alpes, desde la expedición de Roma, la mayor parte de sus antiguos amigos le miraban como un traidor y algunos le juzgaban digno de muerte. Si no reparaba, en parte, el mal que les había hecho, ¿escaparía mucho tiempo al hierro de sus sicarios? Todos estos móviles, aspiraciones, recuerdos, afectos, terrores, todo era admirablemente utilizado por el conde de Cavour, tentador ingenioso, cuyos grandes proyectos deslumbraban á Napoleón y le sedu-

cían. Bien puede afirmarse que, desde comienzos de mil ochocientos cincuenta y seis, la emancipación de Italia era un propósito fijo en el alma del Emperador de los franceses.

Mas no era este soberano ni tan ignorante ni tan ligero que no parase mientes en los inconvenientes de su empresa, ni faltaban tampoco á su alrededor consejeros influyentes que tratasen de apartarle de la pendiente por donde estaba próximo á resbalar. El más poderoso de estos era la emperatriz Eugenia, que, viendo en la revolución italiana una amenaza para la Santa Sede, creía deber de conciencia contrarrestar los planes de los patriotas italianos; y lo mismo que la emperatriz pensaban varios ministros, buena parte del Cuerpo legislativo y la gran mayoría del Senado, todos los cuales le representaban que, abandonar al Papa, cuyo poder temporal decaería forzosamente en la revolución proyectada, era enagenarse para siempre á la Iglesia y toda la parte de la población que votaba bajo el influjo de ésta, es decir, la mayoría de los electores franceses. El soñador coronado escuchaba casi siempre sin responder, y se compadecía interiormente de los consejeros. Creía haber hallado un medio infalible de conciliar sus preferencias con sus intereses, consistente en formar de Italia no un Estado unitario, sino una confederación, dirigida por el Piamonte, independiente de Austria, unida á Francia por la gratitud y la política, quedando el Papa en su trono y Francia libre del cuidado de guardarle. Mas, creer que los soberanos de la Península, por una parte, y el pueblo italiano, por otra, se prestarían á semejante combinación; que la nación llamada á constituirse se pararía á la mitad de su camino; creer que se podría desencadenar la revolución en un gran país y decirle enseguida: no pasarás de aquí; fraguar la tempestad é imaginarse que podría á continuación fijarle límites, era una inocentada que Napoleón III y su país habían de expiar cruelmente en su día.

Poco después del congreso de París, empezaron á condensarse nubarrones por la parte de Italia. Durante la guerra de Crimea, el rey de Nápoles se había distinguido por su parcialidad á favor de Rusia y su recelosa desconfianza con las potencias occidentales. No tardaron éstas, conforme á las recomendaciones del Congreso, en dirigirle severas amonestaciones acerca de su sistema de gobierno é invitarle á modificarlo. Seguro del apoyo de Austria, respondió el déspota que nada justificaba semejante ingerencia en sus asuntos y que, lejos de tomarla en cuenta, redoblaría el rigor con sus súbditos. Despachos muy ágríos cambiáronse entre Nápoles por una parte, París y Londres por otra, hasta Octubre de mil ochocientos cincuenta y seis, en que los dos gobiernos francés y británico retiraron de las Dos Sicilias á sus embajadores.

Coincidió con esto el que las relaciones entre la corte de Viena y la de Turín se pusieron cada día más tirantes. Con motivo de haber dicho Cavour en pleno Parlamento, el mes de Mayo de mil ochocientos cincuenta y seis, que el día de la guerra sagrada no tardaría en llegar, el gobierno austriaco protestó y denunció al atrevido ministro como fo-